

2. ELEMENTOS PARA PENSAR UNA GENEALOGÍA ESPACIALIZADA DE LOS ESTUDIOS URBANOS. TENSIONES Y ENSAMBLAJES ENTRE LO GLOBAL, LO LOCAL Y LOS TERCEROS ESPACIOS

Morena Goñi¹
y Diego Roldán²

Fecha de recepción: 28/07/2020

Fecha de aceptación: 02/11/2020

| Resumen

La reconfiguración que atravesaron las ciudades con el advenimiento del régimen postfordista dejó al descubierto la insuficiencia de algunas disciplinas para teorizar el fenómeno urbano. Con la financiarización, flexibilización e informatización, la ciudad se volvió una entidad escurridiza a la mirada homogeneizadora. El posestructuralismo de los años 70s., el giro espacial de los 80s. y los estudios culturales de los 90s., reactualizaron el abordaje de lo urbano a partir de una mirada crítica y transdisciplinar. El presente trabajo propone un recorrido por las herencias, el desarrollo y la consolidación de los Estudios Urbanos. Este campo, aún magnánimo, está conformado por un crisol de actores, objetos y metodologías que brindan novedosas entradas al problema de lo urbano y del espacio. Esgrimiendo un diagrama tripartito -lo global, lo local y el tercer espacio- y tratando de

¹ Becaria Doctoral del CONICET, Auxiliar de 1ra categoría en la cátedra Espacio y Sociedad de las carreras de Historia y Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Sede de trabajo: Centro de Investigaciones Sociales y Políticas (CISPO), (FCEDU-UNER). Dirección de contacto: morenagoni@gmail.com

² Investigador Independiente del CONICET, Profesor Titular de la cátedra Espacio y Sociedad de las carreras de Historia y Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Sede de trabajo: Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH) (CCT-CONICET Rosario). Dirección de contacto: diegrol@hotmail.com

evadir las nociones más comunes de la *doxa* espacial, aquí se ofrecen algunos elementos para la edificación de una genealogía espacializada de este campo de estudio.

Palabras clave: *Estudios Urbanos; espacialidad; giro espacial.*

| Abstract

The spatial reconfiguration that cities went through with the advent of the post-Fordist regime revealed the insufficiency of some disciplines to theorize the urban phenomenon. With the financialization, flexibility and computerization, the city became an elusive entity to the homogenizing gaze. The poststructuralism on the 70s., the spatial turn on the 80s. and the cultural studies on the 90s, updated the urban approach from a critical and transdisciplinary perspective. This paper proposes a journey through the inheritances, development and consolidation of Urban Studies. This field, still magnanimous, is made up of a melting pot of actors, objects and methodologies that provide novel approach to the problem of the urban and of space. Using a tripartite diagram -the global, the local and the third space- and trying to evade the most common notions of the spatial doxa, some elements will be offered for the construction of a spatialized genealogy of this study area.

Keywords: *Urban Studies; spatiality; spatial turn.*

Cita: Goñi, M. y D. Roldán, 2020. "Elementos para pensar una genealogía espacializada de los estudios urbanos. Tensiones y ensamblajes entre lo global, lo local y los terceros espacios" (pp. 29-53), *Tiempo de Gestión* N°28, FCG-UADER, Paraná.

Introducción

Los estudios urbanos se han constituido como un campo transdisciplinar hace no muchos años. En él confluyen perspectivas teóricas y herramientas analíticas de la sociología urbana, la geografía crítica, la antropología, los estudios culturales, el urbanismo, la arquitectura, la historia, la antropología, entre otros. Esta hibridación de perspectivas ha posibilitado una entrada novedosa al estudio de las ciudades en el momento en que las disciplinas clásicas mostraron insuficiencias para

teorizar las espacialidades generadas por el capitalismo posfordista. Es por ello que su emergencia está directamente ligada a los procesos de transformación que se dieron a partir de la década del setenta. Sin embargo, un breve recorrido nos permitirá encontrar sus raíces en períodos anteriores.

Nutriéndose de las nociones del giro espacial de los años 80, este plexo disciplinar ha reconceptualizado lo urbano como una espacialidad compleja, yuxtapuesta y relacional, señalamiento que permitió poner fin a dos nociones hegemónicas de la *doxa* espacial: el espacio *hiperconcreto* -como escenario y soporte material- y el espacio *hiperabstracto* -medible, cuantificable, espacio de la planificación y de la geometría euclidiana.

El presente trabajo está atravesado por un desdoblamiento de su objeto: en un primer apartado se ensayará el surgimiento y el devenir de los estudios urbanos a escala global (hemisferio norte). En un segundo, se intentará lo propio a escala local (hemisferio sur). El recorte se justifica por la localización de las reflexiones, no obstante, esta selección supone algunos riesgos. Por un lado, el de transpolar lineal y acríticamente a estas espacialidades -América Latina y Asia- los paradigmas gestados en el mundo anglosajón -fundamentalmente en Estados Unidos y Francia- o, como antítesis, generar un rechazo categórico de cualquier conceptualización engendrada en las espacialidades del Norte global. Por otro, se expone al riesgo de suponer que lo global y lo local son fuerzas antagónicas y mutuamente excluyentes. El giro espacial de las últimas décadas aporta una complejización de las nociones espaciales y temporales utilizadas hasta el momento, brindando algunos insumos para romper con binarios que no logran esgrimir la pluralidad de fenómenos que operan sobre y por debajo de lo espacial. Es por ello que el último apartado, aunque de menor magnitud que los dos primeros, tratará de erigirse como un espacio de apertura. Lo local es un territorio híbrido, simultáneamente constituyente y constituido por lo global.

Sin pretensiones de totalidad, ni de agotar las instancias de un estado del arte acerca del tema, se tratará de brindar un diagrama aproximado y abierto a otros aportes. A pesar de las evidentes dificultades que supone reducir lo temporal a una línea, se intentará dar cuenta de un relato ordenado secuencialmente para expresar los devenires del fenómeno espacial y urbano, una fórmula que quizá pueda incurrir en ciertas simplificaciones.

Loglobal

En el campo de las ciencias sociales, el espacio constituye una de las dimensiones más invisibilizadas. Tal vez por considerarse como algo dado, excesivamente material para convertirse en objeto de especulación o por haber tenido escasa relevancia frente a las categorías de lo temporal y lo social, el espacio no ha sido abordado ni como un vector constitutivo ni constituyente. Como menciona Foucault: "el espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, al contrario, fue la riqueza, la fecundidad, la vida y la dialéctica" (1980: 115). Si el giro espacial supone la espacialización del pensamiento, los estudios urbanos localizan ese pensamiento sobre una territorialidad específica: la ciudad. En consecuencia, estas dos dimensiones que se enuncian por separado son, en realidad, inescindibles. Para comprender el devenir de los estudios urbanos es imperativo abocarnos de manera intermitente a la dimensión espacial, a su ontología relacional y a su problematización epistémica.

Con el objetivo de hallar la raíz genealógica de los estudios urbanos académicos debemos remontarnos a la Berlín de comienzos del siglo XX y a la Chicago de entreguerras. El vertiginoso ritmo de crecimiento de ambas ciudades, que se desplazaron hacia el umbral metropolitano en pocas décadas, las convirtió en los entornos privilegiados para la emergencia de un conjunto de preguntas en el caso de Berlín y de un corpus más sistemático de estudios en Chicago. Siguiendo las huellas de Poe en *El hombre de la multitud* y de un Baudelaire obsesionado con la *flânerie*, Simmel estableció las primeras agendas problemáticas y reflexiones alrededor de las consecuencias de la experiencia del *shock* implícita en la escala metropolitana de la ciudad capitalista. Con delicadeza diseccionó la experiencia del urbanista signada por el anonimato, el cálculo, la división del trabajo, la velocidad y la hipertrofia del campo visual. Al igual que Freud, supo observar el torbellino de estímulos psíquicos incesantemente renovados que aportaba la vida urbana moderna y destacó el paulatino e indispensable proceso de anestesiamiento sensorial e indiferencia afectiva orientado a sobrellevar ese ininterrumpido bombardeo de estímulos inscrito en la electrizante circulación de las calles y las avenidas metropolitanas (Fisby, 2007).

La ubicación geográfica de Chicago era estratégica -puerta de entrada hacia el exótico oeste del país-, sus extensos ramales ferroviarios, el liderazgo en la industria de las carnes, el comercio del

trigo, las siderurgias, la ubicaron como el destino obligado de miles de inmigrantes rurales en busca de trabajo y en el nudo de conexión de una nueva nación (Hannerz, 1980). Las exposiciones mundiales, las obras de ingeniería, el florecimiento de la arquitectura -el primer rascacielos de la historia se construyó en Chicago-, la clase trabajadora, los sindicatos, el crimen organizado, los *gangsters*, la decadencia de los años treinta, la multiplicidad étnica, los disturbios raciales -cabe señalar el violento Verano Rojo de 1919-, entre otros factores, la establecieron como una de las representaciones más brutales y radicalizadas de la modernidad urbana (Ullan de la Rosa, 2014). La entropía y volatilidad de esta ciudad, los contrastes de esplendor y de miseria, llamaron la atención de los académicos de la Escuela Sociológica de Chicago, que comenzaron a explorarla con las herramientas de la etnografía. Robert Park, su fundador, había tomado clases con Simmel en Berlín y tenía dotes etnográficas derivadas de su actividad como periodista. A Park la ciudad se le antojaba un mosaico productor de multiplicidades:

... el policía, el vendedor ambulante, el taxista, el guarda nocturno, el clarividente, el curandero, el barman, el jefe de pabellón, el agitador sindicalista, el maestro de escuela, el reportero, el agente de bolsa, el prestamista: todos ellos son productos característicos de las condiciones de la vida urbana (Park en Hannerz, 1980: 35).

La ciudad se transformó en el observatorio predilecto para captar y describir los reflujos de sociabilidad, discriminación, anomia o segregación propios del capitalismo moderno.

La Escuela de Chicago fue la primera en definir de manera sistemática la ciudad como un objeto de estudio (Blumer, 1984; Castells, 1986; Ullan de la Rosa, 2014) y delinear los orígenes de la sociología y la antropología urbana. Si bien eran dos disciplinas diferenciadas, el límite entre ambas era poroso, de manera que lo urbano se perfiló desde sus inicios como un locus de confluencias y préstamos múltiples. La veta empírica proveniente de los estudios de campo dio origen a trabajos de gran riqueza descriptiva (Pascual, 2014) aunque también se convirtió en el principal objeto de críticas, ya que su profusa indagación empírica no se correspondía con un encuadre teórico consistente. A esta vertiente culturalista se le anexaba la Ecología Humana, corriente con influencias del darwinismo social que esgrimía metáforas organicistas para semantizar los fenómenos urbanos. Cualquier especie biótica -lo humano, animal y vegetal- era explicado a partir de préstamos conceptuales de la biología:

competencia, simbiosis, dominio, sucesión (Hannerz, 1980). Estas analogías no resultan sorprendidas si tenemos en cuenta que en aquella coyuntura el evolucionismo gozaba de plena vigencia en el campo científico y en el reformismo político, y que la ciudad era pensada e intervenida casi exclusivamente desde la mirada médica. Vale recordar que en el SXIX el urbanismo nació motorizado por preocupaciones de índole económica -referidas a las vicisitudes de circulación del capital- pero también en razón a problemas epidémicos. Las paupérrimas condiciones de salubridad que atravesaron las grandes ciudades europeas a partir de la revolución industrial, vehiculizaron un urbanismo de matriz higienista que intervino la ciudad construyendo grandes pulmones verdes, abriendo bulevares, creando redes de saneamiento hídrico, derribando viviendas insalubres, ensanchando calles, interconectando partes, etc.

A pesar del gran índice de trabajos producidos por el departamento de sociología urbana de la Escuela de Chicago, el espacio no fue considerado como una dimensión autónoma, sino una manifestación del sistema social, subordinada a él, una suerte de entrada para estudiar los fenómenos sociales, sin alcanzar el estatuto de fenómeno en sí mismo. La ciudad era un laboratorio para preguntas sociológicas.

En el período de posguerra la estadística y los fenómenos cuantitativos adquirieron una relevancia inusitada en las ciencias sociales. La reflexión nomotética suponía una adherencia implícita al empirismo y utilizaba el espacio como ámbito de reflexión privilegiado. Por un lado, éste era concebido como un vector *concreto*, el soporte del cual el capitalismo extraía sus recursos y el escenario sobre el que se desarrollaba la vida social; por el otro, se percibía como un vector *abstracto*, espacio isotrópico de la matemática y la planificación, medible, cuantificable, infinito, susceptible de ser reducido a una serie de fórmulas, gráficos y símbolos (Velázquez Ramírez, Lopez Levi, 2010). Asimismo la teoría económica localizaba sus procesos en un espacio abstracto sin rugosidades, fricciones ni desplazamientos. La tierra prometida de la geometría de las circulaciones capitalistas. El espacio se teorizaba en oposición al tiempo, aunque ambos aparecían vacíos, sin contenido y dispuestos a aceptar lo humano como único sentido probable. Mientras el primero era fijo y simultáneo -lo único que cambiaba eran sus contenidos-, el tiempo era móvil y sucesivo (Harvey, 1990).

En este período los estudios sobre el espacio estuvieron tutelados por la economía, la geometría, la física y la matemática. El éxito del estructuralismo como forma de nuevo rigor científico establecía su dominio. La geografía científica se encargó de teorizar el espacio como un soporte sobre el que se desarrollaba lo social y a través del cual era posible hacer observaciones y predicciones que condujeran al armado de leyes universales. En paralelo, el auge del marxismo y el estructuralismo con epicentro en Francia, resolvían su definición del espacio como una parte constitutiva de la estructura social y subordinada a las relaciones de producción. Con hegemonía de la teoría social y económica, esta corriente *desespacializaba* las problemáticas y forzaba el uso de algunas categorías (Soja, 1989). La clase se volvió un concepto ubicuo y portátil para estudiar la sociedad, dejando de lado otras clasificaciones transversales como edad, etnia, raza, género.

El contexto de estabilidad económica ocasionado por las políticas keynesianas provocó cierto optimismo respecto al devenir urbano y tecnológico. La deriva cuantitativa de la ciencia se volcó hacia una ciencia urbana racional, técnica y con énfasis en la planificación. Si bien había diferencias entre las distintas ciudades del norte global, no obstante, todos los casos estarían ceñidos por una planificación verticalista regulada por el Estado. El urbanismo funcionalista se consolidó como un campo especializado de saber y acción en cuya matriz se infiltró la visión de la ingeniería. Aproximándose al territorio como si se tratara de una máquina, se entronizaron la regularidad, la distribución y la continuidad como las máximas del urbanismo (Rigotti, 2014).

La crisis del treinta había creado el consenso: el mercado no podía resolver los problemas urbanos, la intervención del Estado sobre la grilla se transformó en la opción más aceptada. Se tendía a pensar que los problemas urbanos podían solucionarse a través del reformismo, con los instrumentos de la planificación racional (Ullan de la Rosa, 2014). El plan se canonizó como la herramienta estatal bajo las premisas fordistas de previsibilidad, gradualismo, orden y gestión. La confianza depositada en el progreso científico, la llamada revolución científico-técnica, promovió entre los urbanistas modernistas una concepción de la ciudad a modo de organismo funcional, donde las espacialidades se regían estrictamente por una economía del tiempo dividida en cuatro núcleos operativos: habitar, circular, trabajar, recrear. La ciudad aún se esbozaba como una unidad constitutiva del territorio del Estado Nación.

Los años 1970s. representan otro momento fundamental en la genealogía de los estudios urbanos. La sobreacumulación de capital líquido, el agotamiento de las políticas de bienestar, la aparición de nuevos actores que no cuajaban con las matrices clasistas, la fragmentación de la identidad, entre otros, derivaron en una ruptura radical y cualitativa en la manera en que se pensaba e intervenía sobre la ciudad (Harvey, 1990; Lyotard, 2000). Mientras un plano se complejizaba con la emergencia de ciertas particularidades, en otro destacaba la avanzada globalizante del mercado, propagándose sobre la esfera cultural e inaugurando prácticas y sentidos alumbrados en el sector de finanzas y servicios.

En esta coyuntura, los franceses Michel Foucault y Henri Lefebvre guiaron los primeros señalamientos acerca de las limitaciones de las concepciones de espacio y la falta de una visión crítica. El primero aportó la matriz *saber/poder* como una analítica que trasvasaba la idea del espacio signado unilateralmente por su incardinación material (Pascual, 2014) y que superaba la subordinación a la estructura socioeconómica. A su vez introdujo el concepto de *heterotopía* (1967) que se constituyó en la clave conceptual para cercenar la idea de espacio como un *continuum* homogéneo, material y vacío, cargándolo de sentidos yuxtapuestos, simultáneos, contradictorios, desviados y críticos. Lefebvre, a su vez, reactualizó el marxismo de manera heterodoxa y planteó una discusión ontológica cuyas marcas signaron los estudios urbanos y espaciales a partir de entonces. Sus reflexiones descomponen la unidad espacio-temporal kantiana, y la dualidad sujeto-espacio. Los individuos, menciona, no sólo se localizan en el espacio sino que dejan rastros materiales, simbólicos y sociales en él. La propuesta de Lefebvre permite entrever que el espacio no es fijo, dependiente y contiguo como se había sostenido hasta entonces, sino un constructo social dinámico, una *instancia relacional*, simultáneamente constituido y constituyente (Lefebvre, 1976). Su aporte fundamental lo establece en su crítica al binario espacial (abstracto-concreto) y a su dialéctica superadora. El espacio es al mismo tiempo real-mental y se abre a la tríada analítica: *espacio percibido* (práctica espacial), *espacio concebido* (representaciones del espacio) y *espacio vivido* (espacio de la representación). Menciona, a su vez, que el espacio genera un papel activo, instrumental y operacional, es decir, performativo en el conocimiento y en la acción (Velásquez Ramírez, 2004).

Acompañando esta visión crítica, el filósofo Michel de Certeau (2000, 2008), en un diálogo

extraordinario entre la antropología, la teología de la liberación, la psicología lacaniana, la fenomenología merleau-pontiana y el situacionismo, teorizó el espacio como una práctica producida peatonalmente, al ras del piso, frente a la lógica cenital de producción del espacio. Este autor retoma la praxis de las crónicas y los relatos gráficos de peregrinaciones de viajeros que desde el SXVIII que fueron solapadas por el triunfo de la cartografía. Desde aquel entonces, el plano moderno y su visión objetivante de la realidad se erigió como única representación válida del hecho urbano (Gorelik, 2013). En la misma línea, la teórica estadounidense Jane Jacobs inauguró una línea disruptiva con su obra *Muerte y vida de las grandes ciudades* (1961), cuya repercusión logró revertir la avanzada de la planificación racionalista sobre Brooklyn. La megalomanía inmobiliaria era matizada con la defensa de las apropiaciones colectivas del espacio público y la sensibilidad urbana de las personas a pie.

A pesar de esta novedosa consciencia espacial, los llamamientos de estos autores no consiguieron sustraer al espacio de su condición acrítica. El esencialismo y el estructuralismo aún enquistados en el paradigma científico impidieron que estas nociones fueran aprehendidas inmediatamente (Godoy, 2019). Habría que esperar hasta la década del ochenta y noventa para que el llamado "giro espacial" retomara estos postulados críticos.

La consumación del capitalismo posfordista fue lo que dio un impulso definitivo al cambio en las concepciones espaciales tradicionales. El fenómeno de la globalización, la flexibilización, la financiarización de la economía, la informatización de la sociedad, el avance en las comunicaciones, el achicamiento de las distancias, en otras palabras, la *torción del espaciotiempo* (Harvey, 1990) pusieron en discusión las prerrogativas del espacio euclidiano, y evidenciaron las limitaciones de las disciplinas clásicas para teorizar sobre el cambio que estos nuevos fenómenos generaban sobre la ciudad -tanto en la materialidad como en las representaciones.

Ante el avance de las políticas neoliberales y el repliegue del Estado Nación, la ciudad adquirió una autonomía forzada. En la dimensión identitaria y espacial, comenzó paulatinamente a adquirir significación propia. Las ciudades se convirtieron en actores privilegiados insertos en los flujos globales del sector de servicios. Su espacialidad puso en evidencia una lógica zonal múltiple y yuxtapuesta: las redes informáticas, los flujos de capital, el *locus* territorial del Estado Nación, el espacio virtual, las espacialidades simbólicas, las jurisdicciones provinciales, etc. Estas derivas

múltiples moldearon un escenario singular, de encuentro, tensiones y desencuentros entre lo propio, lo ajeno, lo global, lo local. En este contexto, los estudios urbanos comenzaron a dar cuenta de la complejización de la ciudad de manera sincrónica.

El giro espacial intentó dotar de protagonismo a la dimensión espacial, categoría largamente opacada por los estudios acerca del tiempo (historia) y de la sociedad (sociología). El objetivo era restituir el equilibrio *triléctico* de tiempo-espacio-sociedad (Soja, 2010) que el historicismo, el marxismo y el positivismo habían desarticulado en detrimento de lo espacial. Lo *post* apareció como un prefijo articulador de una nueva forma de pensar lo urbano. En una vertiente más económica, la crítica al materialismo histórico devino en una renovación que lo colocó en diálogo con la sociedad posindustrial. Referentes provenientes de la geografía crítica como David Harvey (1990; 1990a; 2012) aportaron una dimensión espacial al marxismo y matizaron la rigidez del binario agente-estructura. Asimismo, Neil Smith (1979, 1986, 1996) definió el espacio como profundo y multiescalar, y reactualizó la noción de *Gentrificación* de Ruth Glass. En su vertiente culturalista autores como Soja (1989; 2008; 2010;), Davis (1990), Zukin (1980), Sorkin (1992), Sennet (1994), se hicieron con los insumos de los estudios culturales, estéticos, semióticos y lo volcaron sobre lo urbano (Ullan de la Rosa, 2014). Retomando a Derrida, Foucault, Baudrillard, Lyotard, Debord, entre otros, inauguraron una sociología urbana postmoderna que ahondaba en temáticas como la espectacularización de la ciudad, la tematización de los espacios, la ciudad como simulacro, etc.

Si en principio Chicago había funcionado como un gran laboratorio, en esta etapa la ciudad de Los Ángeles se convirtió en el emblema espacial de esta nueva escuela (Judd & Simpson, 2011). Por tratarse de una ciudad estallada, fragmentada y territorializada bestialmente por el capital transnacional, con extensiones inabarcables y, a su vez, con tiempos múltiples, Los Ángeles se convirtió en la territorialidad más representativa de las nuevas lógicas globales. Los estudios volvieron críticamente sobre el sujeto y se acercaron a los lineamientos de la antropología, engendrando teorizaciones cualitativas que alejaban los estudios urbanos de la matriz de clase y el determinismo mecánico. Los aportes de los estudios culturales edificaron nociones como las de no-lugares (Augé, 2008), mapas cognitivos (Jameson, 1991), y representaciones (Chartier, 2005; Bourdieu, 2011).

El descrédito de la planificación integral y la administración centralizada consolidó un proceso de *arquitecturización* de lo urbano que puso el foco pequeños fragmentos de la ciudad y no en su intervención integral. El pulso urbano dio lugar a ideas que colocaban en el centro de la cuestión la mirada empresarial y la lógica privada. Frente al verticalismo del urbanismo clásico, el nuevo urbanismo -denominado estratégico o empresarial- consistía en un método de planificación horizontal importado del mundo empresarial, que articula los esfuerzos públicos y privados (Vainer, 1999; Gallach, 2008). Con este modo de *hacer ciudad* fueron ganando hegemonía los arquitectos y los promotores inmobiliarios, creando espacialidades flexibles y funcionales a la lógica del capital. Era evidente que la ciudad no podía continuar teorizándose desde modelos de la ciudad duales (centro-periferia) y de *zoning* de la modernidad; su espacialidad se mostraba interrumpida, atravesada, diseccionada y mixturadas por las nuevas necesidades de flexibilidad del capital.

Los estudios urbanos reactualizaron algunas conceptualizaciones y se hicieron eco de las multipresencias, la simultaneidad y los flujos (Ascher, 2007; Guattari, Deleuze, 1994), y frente a los binarios centro-periferia, la ciudad comenzó a ser caracterizada como una red (Castells, 1998), como un archipiélago de fractalidades (Soja, 2008) o un mosaico de fragmentos (Harvey, 1990; Soja 2008). Términos como Ciudad global (Sassen, 1999), Ciudad mercancía-empresa (Vainer, 1999) y ciudad *glocal* (Robertson, 2003) se acuñaron para definir las tensiones que atravesaron las ciudades al abrirse a los flujos de capital.

El posestructuralismo emergente de los 1970s., el "giro espacial" de los 1980s. y la consolidación de los estudios urbanos y culturales en los 1990s., reactualizaron el abordaje de estas problemáticas urbanas desde una mirada crítica e interdisciplinar.

Lo local

El derrotero de los estudios urbanos en América Latina ha versado sobre un proceso de cercanía y alejamiento con las corrientes del mundo euroamericano. En general, la historia de América Latina en su conjunto se ciñe sobre esta tensión entre lo propio y lo ajeno. Es por ello que localizar la producción y contextualizarla, como parte de un trabajo de desmontaje, se vuelve fundamental para explicitar los posicionamientos políticos de aquellos que la enuncian (Haraway, 1995).

La ciudad latinoamericana no es una realidad natural (Gorelik, 2005). No existe un hilo esencialista que amalgame ciudades tan dispares como Montevideo, La Paz, Quito, Brasilia, La Habana, Buenos Aires o México D.F. Lo latinoamericano no es una cualidad ontológica, sólo existe como una construcción cultural, una categoría de pensamiento que resulta de la voluntad de aquellos que la imaginan. Richard Morse (1985) ha teorizado esta ciudad como una *arena cultural*, una plataforma híbrida que se genera en el desencuentro entre la voluntad proyectiva de las elites y la realidad material. La ciudad latinoamericana es manifiesto de los saqueos, el expurgo, la utopía renacentista, el exceso barroco, la *tabula rasa*. Lo latinoamericano resiste como una unidad mestiza tensada por lo endógeno y lo exógeno.

Desde el SXIX la ciudad se concebía como inescindible de la nación, en términos de *poder soberano* era una expresión de tendencias más amplias que moldeaba el territorio (Gorelik, 2005). Sin embargo, entre las décadas del cincuenta y el setenta, la ciudad latinoamericana dejó de ser enunciada como un microcosmos integrado a un todo mayor y se convirtió en cosa-una de disquisición teórica (Gorelik, op.cit.). En este período, los estudios urbanos se fundieron con las teorías del desarrollo, la teoría de la dependencia, el reformismo y las propuestas revolucionarias. Existen tres momentos identificables para periodizar este proceso: la posguerra, los años setenta y los años noventa.

Durante los años 1950s. se produjo un descubrimiento de los problemas urbanos a partir de los fenómenos de las hiperurbanizaciones. El crecimiento desmesurado de las ciudades, producto del éxodo rural hacia los principales centros urbanos, no mermó hasta los años 1970s. El influjo de migrantes internos que arribaron a las ciudades en busca de trabajo no logró ser absorbido en su totalidad por la incipiente industria, de crecimiento más mesurado, ni tampoco por la oferta habitacional, que no hallaba las fórmulas que le permitieran acoger grandes contingentes. La marginalidad se enquistó como parte del paisaje urbano desde sus inicios.

Si a principios de SXX el urbanismo que influía en los trazados latinoamericanos fue el francés, en la época de posguerra la referencia inmediata fue el urbanismo norteamericano. Su modelo de ciudad consistía en una huella urbana extensa, de poca densidad, que crecía de manera centrífuga hacia las periferias. Ante la llegada de los sectores trabajadores a habitar los centros urbanos, las clases acomodadas se trasladaron hacia las zonas suburbanas en busca de exclusivismo espacial, seguridad

privada y espacios verdes propios del modelo de ciudad jardín. En Argentina, este fenómeno se produjo a partir de los años cuarenta con el peronismo, lo que generó una primera ola migratoria de las clases altas hacia las periferias³. El empoderamiento de las clases trabajadoras y su arribo a los centros de las ciudades fue vivido por las clases privilegiadas como una “auténtica invasión” (Milanesio, 2014). Sin embargo, las periferias argentinas, y en general latinoamericanas, no eran áreas vacantes como las del primer mundo. Los suburbios se encontraban abarrotados de asentamientos informales y precarios (Roy, 2005; Janoschka, 2014), compuesto por los migrantes internos que no lograban integrarse al mercado de trabajo. Las villas, favelas y barriadas emergieron en este período y se constituyeron en una imagen de insondable execrecencia que impregnó lo urbano. Fue la preocupación por estas segmentaciones etiquetadas como imperfectas y malformadas las que introdujeron la discusión por la ciudad toda (Pascual, 2014).

En este contexto, la sociología funcionalista norteamericana y la teoría de la modernización dieron a la ciudad un papel central como el espacio depositario de las fuerzas productivas y el poder político. En esta visión la ciudad latinoamericana adquirió una constitución indeseable debido a los contingentes de migrantes que no cesaban de arribar. Bajo la órbita de la Teoría del Desarrollo y con el caso británico como modelo, la ciudad debía convertirse en el protagonista de la transformación modernizadora. De la mano de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) se esgrimía una teoría urbana de factura macro, lineal, evolutiva que tenía como meta final el estadio del desarrollo. El estado interventor y la planificación -económica, urbana, política- eran los medios para lograr el acoplamiento con el mundo avanzado. El espacio planetario se dividía en áreas desarrolladas y subdesarrolladas. La neutralidad técnica, el absolutismo metodológico del funcionalismo y la fe en la maquinaria mecánica interpretaban el conflicto y la marginalidad como una manifestación de la anomia, algo coyuntural que, de seguir las recetas, sería exitosamente superado. Los diagnósticos, proyectos y estudios apuntaban a generar una articulación de las áreas marginales emergentes con el centro de la ciudad y a *disciplinar* la mano de obra (Paiva, 2019). En este marco, lo urbano se enunciaba desde la sociología y la geografía económica como un escenario de reproducción, circulación y consumo de mercancías.

³ A diferencia del derrotero norteamericano, la radicación de barrios privados se generalizó en Argentina a partir de la década del ochenta y del noventa, momento en que la plata dulce del nuevo modelo económico despuntó sobre un segmento específico de la sociedad (Svampa, 2008).

En una reactualización de la doctrina Monroe, la ciudad latinoamericana devino en un laboratorio de desarrollo técnico, un escenario dispuesto a prueba y error para experimentar el cambio. A través de una densa red de profesionales e instituciones como UNESCO, BID, Fundación Ford y Rockefeller, CEPAL, CIAP, etc. la ciudad se transformó en la piedra angular del funcionalismo norteamericano - tomado ahora como teoría panamericanista- (Rigotti, 2014). Las díadas rural/urbano, tradicional/moderno, subdesarrollo/desarrollo, fueron los vectores semánticos que emplazaron a lo local como un caso de desviación y anomalía frente a la norma euro-norteamericana. Esta línea se afianzó con el desembarco de la Alianza para el Progreso, un plan de asistencia económica y financiera para América Latina elaborado por el gobierno de Kennedy en el año 1962. Ésta consistió en un aporte de 20.000 millones de dólares para generar una "reforma sin revolución", una alternativa de modernización por etapas frente a la amenaza que representaba la opción rupturista de la revolución cubana.

En términos esquemáticos, ésta fue la etapa formativa de los problemas, conceptos e instituciones que trataban de dar cuenta del fenómeno urbano de manera integral (Gorelik, 2005). En Argentina, uno de los primeros teóricos fue Gino Germani (1967) que desde la teoría funcionalista y modernizadora tuvo un rol sustantivo en la emergencia de los estudios urbanos de este país.

Debido al inestable contexto, las mudanzas teóricas fueron frecuentes. En los años sesenta el debate alrededor de la pobreza urbana y el rol del estado en el proceso de planificación se hizo más candente. Los dos laboratorios urbanos más significativos fueron Chile y Cuba. El primero se convirtió en sede de la CEPAL y del Instituto Latinoamericano de Planificación Económico y Social (ILPES), espacio donde se realizaban los cursos de planificación regional. Se hizo de Chile un experimento de reformismo urbano socialista. El segundo caso, en cambio, graficaba la propuesta de cambio radical en la experimentación urbana y territorial por la vía de la revolución comunista. Ambos, aunque por distintas vías, ponían el énfasis en la planificación estatal (Gorelik, 2005).

En los años 1970s, el fracaso del modelo desarrollista y de la intervención estatal abrieron una crítica liderada por el marxismo reformista de la Escuela Francesa de Sociología Urbana. Uno de sus principales referentes fue Manuel Castells (1974) que desde el paradigma del estructuralismo althusseriano intentó dar solución al problema de la marginalidad urbana en el mundo latinoamericano (Velázquez Ramírez, Lopez Levi, 2010). El fenómeno de la marginalidad continuaba

siendo central en los estudios sólo que en esta época era abordado de manera diferente. El paulatino repliegue del Estado Nación como garante de la seguridad social dejaba al descubierto una marginalidad cada vez más profunda y evidenciaba la ineficacia de la planificación como una herramienta para arribar al capitalismo avanzado. Sumado a ello, el fracaso del proyecto reformista en Chile, truncado por el golpe de estado liderado por Augusto Pinochet, abrió reflexiones teóricas en dos frentes. Por un lado, la revolución cubana emergió como un ensayo exitoso de la opción revolucionaria frente al reformismo, por el otro, le dio cause definitivo a la teoría marxista que había comenzado a esbozarse en los años 1960s: la teoría de la dependencia.

Esta última, sistematizada por Cardoso y Faletto en su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1978), ensayaba una crítica aguda contra la teoría del desarrollo. En ella se denunciaba que no existe evolución ni linealidad, sino una economía mundial apoyada sobre un modelo desigual que limita el desarrollo de los países del tercer mundo a través del imperialismo. Esta teoría aplicada al espacio reciclaba la matriz del dualismo espacial con el nuevo binario centro-periferia. El proceso de urbanización era consecuencia de un capitalismo dependiente, donde la marginalidad no era un estadio a superar ni una anomalía, sino algo constitutivo de la estructura socioeconómica. En este modelo el estado ya no era visto como una herramienta liberadora sino como aparato de dominación.

Aunque a simple vista se esbocen como diferentes, la teoría del desarrollo y la de la dependencia tienen varios puntos en común en cuanto a su epistemología espacial. Ya sea a través de la técnica objetiva, del gradualismo o de la revolución política, ambas ponían el eje en la economía como factor estructural, de manera que el espacio no era una dimensión autónoma sino un mero reflejo de las relaciones de producción (Roldán, et al., 2013). A su vez, ambas ubicaban a la política como una instancia transformadora, y explicaban fenómenos singulares con teorías canónicas regidas sobre categorías fijas, binarios explicativos y una metodología comparativa.

Algunos autores (Gorelik, 2005, 2003; Pascual, 2014;) coinciden en señalar que la superación de la visión economicista y estructuralista sobre el campo de los estudios urbanos es inaugurada por Richard Morse, Ángel Rama y José Luis Romero. Las obras de estos teóricos formaron los pilares del campo disciplinar sobre el que se apoya la producción latinoamericana en la actualidad.

En primera medida, Richard Morse (1978, 1985) generó una ruptura epistemológica a través de su

estilo de escritura ensayístico y la valoración de lo subjetivo. El autor se desprendía del positivismo, el organicismo y el determinismo mecanicista al señalar que Latinoamérica no era un reflejo distorsionado de Europa sino algo en sí mismo. Morse ponía en duda la cientificidad de los planteos ajenos a la emoción y desprovistos de humor, y consideraba que la literatura, el arte y los escritores eran los agentes más idóneos para explicar la ciudad de manera simbólica e imaginativa. Sus fuentes eran las producciones de autores como Dickens, Dostoyevski, Baudelaire, Assis, la música y la arquitectura. En una línea igual de disruptiva, José Luis Romero señalaba que la ciudad era como un poliedro compuesto de multiplicidad de variables: lo cultural, lo político y la justicia. Su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) constituye, como anticipa su título, una reflexión holística de la ciudad latinoamericana que tiene vigencia incluso en la actualidad por la anticipación de algunos de sus postulados teóricos en correlación a su contexto. Uno de ellos, sentencia el declive de la ciudad material frente a la ciudad cultural (Pascual, 2014). Si bien Romero no abandonaba las tendencias cuantitativas legadas por las décadas anteriores, las combinaba con las texturas que aportaban las variables culturales. En esta misma línea, Ángel Rama (1982) planteaba desde la crítica literaria, la necesidad de autonomizar la ciudad material de la ciudad imaginada.

Los itinerarios teóricos inaugurados por estos autores se tornaron claves para comprender la ciudad a través de la dimensión sensual y estética. A su vez, constituyeron un aporte fundamental para experimentar lo urbano de una manera transdisciplinar en su abordaje, metodología y analítica. Si bien reproducían una mirada holística e integral de este fenómeno, sacaron a relucir una dimensión política y cultural que había estado solapada por la matriz eminentemente economicista de la epistemología desprendida del desarrollismo y la dependencia.

En los 1980s. y 1990s. se inauguró una etapa de estudios urbanos que signan la experiencia hasta la actualidad. Las dictaduras militares del Cono Sur truncaron el dinamismo que comenzaban a adquirir las investigaciones sociales que trascendían los datos cuantitativos -infraestructura, cantidad de habitantes, redes, etc-. A partir de la transición democrática las investigaciones se retomaron paulatinamente, no obstante, el estudio de lo urbano fue fagocitado por una sola mirada. Éste dejó de estar reglado por médicos, geógrafos, economistas, sociólogos o ingenieros. Se dice que la ciudad se *arquitecturizó* porque comenzó a ser pensada, intervenida y criticada casi de manera exclusiva por arquitectos. Acompasando la fragmentación y flexibilidad del posfordismo, las

intervenciones urbanas cambiaron de tratamiento. La ciudad fue concebida como la escala ampliada de una sucesión de proyectos arquitectónicos, los desarrollos comenzaron a ejecutarse de manera aislada en la trama, sin diálogo con el entorno circundante. El horizonte y la escala de análisis se redujeron considerablemente respecto del período anterior, momento en que la ciudad era pensada como una totalidad. Como menciona Rigotti (2014) los intentos de constituir los estudios urbanos como disciplina autónoma fracasaron continuamente. En la actualidad el urbanismo constituye un campo satelital de la arquitectura y el diseño, véase sino en las denominadas Facultades de Arquitectura y Urbanismo.

Hacia los años 1990s. las tendencias cualitativas se retomaron lentamente y se formó un frente transdisciplinar en torno a las nociones de imaginario urbano trabajadas por García Canclini (1997) y Armando Silva (1992). A la luz de la perspectiva inaugurada por Richard Morse, estas corrientes retomaron preocupaciones del orden de lo simbólico en la ciudad. Sin embargo, a pesar de la reivindicación de la dimensión cultural de los estudios urbanos, éstos colocan al Estado y las élites en el centro de la escena, auscultando la dimensión cotidiana y popular de las ciudades. En paralelo, lo espacial continúa reproduciéndose como una dimensión escénica, no como parte constitutiva de los fenómenos sociales sino como la materialidad *donde* acontece lo social. En otras palabras, el giro espacial no parece haber penetrado con fuerza estas latitudes (Gorelik, 2003; Pascual, 2014; Godoy, 2019).

El tercer espacio

Durante el SXIX y SXX el capitalismo fue estudiado como un fenómeno histórico, aunque accidentalmente geográfico. El ascenso del historicismo *desespacializante* fue tan categórico que ocluyó y despolitizó el espacio (Soja, 1989). *Cuándo* y *quiénes* importaba más que *dónde*. Ante el olvido de esta dimensión, el giro espacial se presenta como una propuesta de equilibrio triádico del ser -tiempo, sociedad, espacio- a través de la espacialización del pensamiento. Uno de los principales insumos analítico-metodológicos para pensar en esta línea ha sido la del Tercer Espacio de Edward Soja (2010), una propuesta que se esboza como superadora del confinamiento binario del espacio material (percibido) y el metafórico (concebido). Retomando a Lefebvre y reactualizándolo desde la

epistemología del poscolonialismo y feminismo⁴, el tercer espacio de Soja no se presenta como una síntesis o una superación dialéctica los primeros dos sino como un espacio-otro. Desde la noción del sujeto descentrado, el tercer espacio es el territorio de la diferencia que busca "desordenar, deconstruir, reconstruir provisionalmente toda secuencia y lógica dialéctica" (op.cit: 193). En este sentido, los binarios más elementales que han signado los estudios espaciales [centro y periferia, global y local, ajeno y propio, abstracto y material, transparente y opaco, abajo y arriba, adentro y afuera, teoría y empiria, estructura y agente] se funden en una zona de frontera y apertura.

La producción de estudios latinoamericanos ha fluctuado muy frecuentemente entre dos frentes dicotómicos; uno de denuncia y rechazo a las teorías euroamericanas, y el otro, de asimilación concomitante a estas teorías. Esta última ha generado el señalamiento de lo latinoamericano en términos de crisis o desviación frente al modelo ideal del norte global. A partir del modelo epistemológico del tercer espacio, algunos autores como Ananya Roy (2005, 2009) y Michael Jansochka (2011, 2014) han hecho un trabajo de la *localización* – es decir, *politización*- de la producción para evadir los falsos binarios de adopción acrítica o de rechazo determinante. Como expresan, aplicar una visión crítica sobre algunos postulados supone el ejercicio de visibilizar sus condiciones de producción, en este caso, ser conscientes de que gran parte de los "modelos" urbanos que se erigen como norma universal se edificaron sobre el estudio de un grupo muy limitado de ciudades. Ejemplo de ello es el concepto tan circulado y generalizado de *Ciudad Global* de Saskia Sassen (1999). Esta categoría se erigió mapeando solamente aquellas ciudades que eran relevantes para el circuito del capital financiero e informático: Nueva York, Londres, Tokio y París (Roy, 2005). Es decir, a partir de casos singulares se han desarrollado modelos portátiles y ubicuos que posteriormente tendieron a normalizar fenómenos urbanos de otras partes del mundo.

El término *gentrificación* ha sido resistido por varios autores latinoamericanos por tratarse de una noción surgida en un contexto distinto al latinoamericano de la contemporaneidad. Como alternativa, han acuñado vocablos como renovación, rehabilitación, revitalización, resemantización. Frente a ello, Michael Janoschka (2011, 2014) señala que estas terminologías adoptadas no contienen

⁴ Algunos de los conceptos claves han sido el orientalismo de Edward Said (1978), los mundos culturales de Gayatri Spivak (1987), las plurilocalidades de Gilian Rose (1993), el margen como espacio de apertura radical de Bell Hooks (1990), la hermenéutica pluritópica de Santiago Castro Gómez, 1996, y otros.

el peso político-ideológico de *gentrificación* porque solapan su carácter violento. Por lo tanto, a pesar de tratarse de un término anglófono Janoschka considera pertinente su reacuñación crítica -no lineal- a través de una repolitización territorial y lingüística, en lugar de su rechazo. En el caso latinoamericano donde la cuestión de las territorialidades e identidades subalternas son tan relevantes, la especificidad de la gentrificación está marcada por el desplazamiento de una población que implica también una desposesión al mismo tiempo material y simbólica, objetiva y subjetiva.

Como proponen estos autores, descentrar la epistemología no significa desechar la producción euroamericana y sus aportes conceptuales, sino pensar paisajes superpuestos y ver de qué manera los modos de subjetivación de aquellas "otras" experiencias del hemisferio sur pueden ser relevantes para explicar los casos del hemisferio norte. En este sentido, la *informalidad urbana* de las ciudades del Sur Global analizadas por Roy (2005, 2009) no constituye una teorización acerca de la falta o el desorden de la ciudad informal frente a la ciudad formal ordenada y completa, sino una metodología específica, un modo de hacer ciudad en sí mismo, no susceptible de catalogarse como un problema a solucionar o de romantizarse de modo heroico. Y en tanto se constituye como algo en sí mismo, tal vez puede servir para explicar algunos fenómenos de las ciudades euroamericanas.

En la misma línea, el concepto de la ciudad como *arena cultural* de Richard Morse (1985) expresa una unidad de sentido que no toma o rechaza la inspiración modernista, sino que la resemantiza. Como menciona el autor, la ciudad latinoamericana ha intentado teorizarse como un intermedio del *hinterland* colonial y Londres o París; sin embargo, esta ciudad refleja una topología que fractura las pretensiones esquemáticas y comparativas; es una zona híbrida donde se (con)funde el centro y la periferia. La misma suerte corre para las periferias urbanas que han sido largamente teorizadas como casos anómalos en relación a un centro, o como meros recortes materiales y socioeconómicos. Estas conceptualizaciones han ocultado que la periferia es una virtualidad históricamente producida en el imaginario de la segregación (Pascual, 2014).

La lectura *relacional* de los fenómenos nos permite romper con las falsas dicotomías y cuestionar la mismidad del nosotros y la otredad del otro, poniendo en duda la separación categórica entre ambas (Gupta, 2008). En el pensamiento poscolonial no se trata de definir criterios a partir de un sujeto trascendental que se erige como *origen del sentido* sino mostrar que esa construcción es histórica; que no existe el colonizador ni el colonizado sino una observación en tercer grado que

indaga en que hay del colonizado en el colonizador y viceversa (Castro Gómez, 1996).

Uno de los dualismos más naturalizados en los estudios urbanos ha sido el de lo global en tanto que fuerza enajenante y lo local como un reducto de identidad esencialista. Desde la mirada relacional, lo global y lo local no son categorías excluyentes sino mutuamente constituidas. Para desmitificar y repensar estas categorías, Rogerio Haesbaert (2013) desarrolla el concepto de *multiterritorialidad* como una espacialidad constituida por formas de soberanía múltiples y simultáneas. Lo *multiterritorial* se crea en el encuentro entre la desterritorialización y la reterritorialización, en un proceso constante de hibridación cultural y movilidad irrestricta. Este postulado rompe con las clásicas concepciones de la identidad como un hecho localizado -arraigado al territorio- y el territorio como un espacio zonal, perimetrado por jurisdicciones. De esta manera supera dicotomías de móvil e inmóvil, simbólico y material; el territorio esta simultáneamente compuesto por zonas -fijas- y flujos -móviles-. Lo multiterritorial es la posibilidad de la experiencia simultánea y sucesiva de diferentes territorialidades, algo así como el Aleph Borgeano, aquel absoluto temporo-espacial que plexa un conjunto de experiencias en un todo simultáneo, yuxtapuesto y multidimensional. No hay binarios sino multiplicidad relacional y agenciamiento.

Los autores del giro espacial con frecuencia nos animan a pensar (y problematizar) en imágenes simultáneas más que en narraciones sucesivas. Como menciona Gloria Anzaldúa (1987), el pensamiento del tercer espacio no trata de elegir entre la luz y la oscuridad, sino de cuestionar las definiciones de luz y oscuridad.

Conclusiones

Al dorso de este apretado diagrama genealógico se traslucen una continuidad sinuosa con rupturas y nexos arbitrarios. Sin embargo, el trabajo trata de dar cuenta de un sujeto que enuncia, por lo que las arbitrariedades, los forzamientos y las contradicciones son constitutivas de una subjetividad localizada en tiempo y espacio; en suma, de un conocimiento situado.

Como hemos visto, los estudios urbanos conforman un crisol teórico en el que convergen actores, objetos y metodologías de los más diversos campos. Dependiendo de la época, los préstamos epistémicos han fluctuado entre la biología, el funcionalismo norteamericano, la sociología marxista

francesa, los estudios culturales, el feminismo y el poscolonialismo, entre otros. La ciudad, por su parte, también estuvo ligada a distintas miradas según el período: la mirada higiénica, médica, ingenieril, planificadora, arquitectónica y empresarial. Estos préstamos responden, según Ana Rigotti (2014), a una debilidad inherente a la disciplina del urbanismo. Hemos dado cuenta de la esterilidad de las comparaciones y generalizaciones, pero también del rechazo ubicuo a cualquier teoría exógena. En su lugar, hemos esbozado algunas propuestas que habilitan un pensamiento crítico localizado en la porosidad del margen.

Este trabajo busca configurarse como un primer aporte para otorgarle mayor presencia a una problemática constitutiva e invisibilizada del campo de las Ciencias Sociales. Como se ha visto reflejado en estas páginas, lo urbano y lo espacial son crisoles donde convive lo múltiple. Por lo tanto, resulta imperativo construir una epistemología autónoma y representativa de esa multiplicidad, que se evada de matrices cerradas o hegemónicas por pequeños grupos de profesionales. Es fundamental habitar una ciencia social híbrida, crítica y descentrada que no sólo historicice las espacialidades sino que espacialice lo social en su conjunto.

Bibliografía Citada

- ❖ Anzaldúa, G., 1987. *Borderlands/La frontera: the new mestiza*, Aunt Lute, San Francisco
- ❖ Ascher, F., 2004. *Los nuevos principios del urbanismo*, Alianza, Madrid.
- ❖ Augé, M., 2008. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Para una antropología de la modernidad*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- ❖ Blumer, M., 1984. *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Role of Sociological Research*, University of Chicago Press, Chicago.
- ❖ Bourdieu, P., 2011. *Las estrategias de la reproducción social*, Siglo XXI, Bs.As.
- ❖ Canclini García, N., 1997. *Imaginario urbano*, Eudeba, Buenos Aires.
- ❖ Cardoso, F. y E. Faletto. 1978. *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- ❖ Castells, M., 1974. *La cuestión urbana*, Siglo XXI, México.
- ❖ Castells, M., 1986. *Problemas de investigación en sociología urbana*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ❖ Castells, M., 1998. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, Alianza, Madrid.

- ❖ Castro Gómez, S., 1996. *Crítica de la Razón Latinoamericana*, Puvill Libros, Barcelona.
- ❖ Chartier, R., 2005. *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona.
- ❖ Davis, M., 2003. *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*. Lengua de trapo, Toledo.
- ❖ De Certeau, M., 2000. *La invención de lo cotidiano I artes del hacer*. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.
- ❖ De Certeau, M., 2008, "Andares de la ciudad" (pp. 1-16), *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales y Urbanos*, 7, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Talca.
- ❖ Foucault, M., 1967. *El cuerpo Utópico. Las heterotopías*, Nueva visión, Buenos Aires.
- ❖ Foucault, M., 1980. "Preguntas a Foucault sobre Geografía" (pp. 111-124), *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid. Foucault, M., 2006. "Clase del 11 de enero de 1978" (pp. 14-44), Seguridad, territorio y población, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires,
- ❖ Frisby, D., 2007. "La ciudad observada. El flâneur en la teoría social", *Paisajes urbanos de la modernidad. Exploraciones críticas*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- ❖ Gallach, H. C., 2008. "El auge de los planes estratégicos y los proyectos urbanos. Hacia un planeamiento urbanístico consensuado" (pp.26-30), *Acta del X coloquio internacional de Geocrítica*, Universidad de Barcelona.
- ❖ Germano, G., 1967. "La ciudad como mecanismo integrador" (pp. 387-406), *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 29, No. 3, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- ❖ Godoy, S., 2019. "Las culturas sobre el río. Gubernamentalidad, prácticas y habitares. Ribera central de Rosario 1992-2004", *Tesis del doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Artes* (UNR), Rosario.
- ❖ Gorelik, A., 2005. "La producción de la ciudad latinoamericana", *Tiempo Social* (17, 1). Traducción Diego Roldán.
- ❖ Gorelik, A., 2013. *Miradas sobre Buenos Aires*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ❖ Guattari, F. y G. Deleuze, 1994. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Pretextos, Valencia.
- ❖ Gupta, A. y J. Ferguson, 2008. "Más allá de la cultura: espacio, identidad y políticas de la diferencia" (pp. 234-256), *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 7, Universidad de Los Andes.
- ❖ Haesbaert, R., 2013. "Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad" (pp. 9-42), *Cultura y representaciones sociales*, 8: 15, UNAM, Ciudad de México.
- ❖ Hannerz, U., 1980. *La exploración de la ciudad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ❖ Haraway, D., 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.

- ❖ Hardoy, J. E., 1972. *Las ciudades en América Latina, seis ensayos sobre urbanización*, Paidós, Buenos Aires.
- ❖ Harvey, D., 1990. "Entre el tiempo y el espacio. Reflexiones sobre la imaginación geográfica" [Publicado originalmente: Harvey, David (1990) "Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination" (pp. 418-434), *Annals of Association of American Geographers* (80:3).] Traducción Diego Roldán.
- ❖ Harvey, D., 1990 *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- ❖ Harvey, D., 2012. *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución*, Pretextos, Valencia.
- ❖ Jameson, F., 1991. *Ensayos sobre posmodernismo*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires.
- ❖ Janoschka, M., 2011. "Geografías urbanas en la era del neoliberalismo. Una Conceptualización de la resistencia local a través de la participación y la ciudadanía urbana" (pp. 118-132), *Investigaciones geográficas*, Boletín del instituto de Geografía, n° 76, UNAM, Ciudad de México.
- ❖ Janoschka, M. y J. Sequera, 2014. "Procesos de gentrificación y desplazamientos en América Latina, una perspectiva comparativista" (pp. 82-104), MICHELINI, J.J., (ed.) *Desafíos Metropolitanos. Un diálogo entre Europa y América Latina*, Catarata, Madrid.
- ❖ Judd, D. y D. Simpson, 2011. *The City, Revisited: Urban Theory from Chicago, Los Angeles, and New York*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- ❖ Lefebvre, H., 1978, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona.
- ❖ Lefebvre, H., 2013, *La producción del espacio*, Capitán Swing Libros, Madrid.
- ❖ Lyotard, J., 2000, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid.
- ❖ Milanesio, N., 2014. *Cuando los trabajadores salieron de compras*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ❖ Morse, R., 1978, "Los intelectuales y la ciudad (1860-1940)" (pp. xx-xx), Hardoy, J.E., Morse, R. y R. P. Sachaedel (comps.), *Ensayos histórico-sociales sobre urbanización en América Latina*, SIAP-CLACSO, Buenos Aires.
- ❖ Morse, R., 2003. "Ciudades periféricas como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)", *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales y Urbanos*, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Talca.
- ❖ Paiva, V., 2019. "Los estudios urbanos y la sociología urbana en Argentina" (pp. 254-267), *Quid 16 Revista del área de Estudios Urbanos*, N°10, Instituto de Investigaciones Gino Germani Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

- ❖ Pascual, C., 2014. "El giro espacial en historia. Derivas conceptuales y racconto historiográfico en argentina. Imaginar los espacios de segregación localizados" (pp. 427-452), *Revista de Direito da Cidade*, Vol. 06, N° 2, UERJ, Rio de Janeiro.
- ❖ Ramírez Velásquez, R., 2004. "Lefebvre y la producción del espacio. Sus aportaciones a los debates contemporáneos" (pp. 61-73), *Veredas* 5 (8), Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.
- ❖ Rigotti, A., 2014. "Las invenciones del urbanismo en Argentina (1900-1960)" *Colección de Tesis Doctorales*, UNR Editora, Rosario.
- ❖ Robertson, R., 2003. "Glocalización. Tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad" (pp. 261-284), *Cansancio del Leviatán: problemas políticos de la mundialización*, Trotta, Madrid.
- ❖ Roldán, D., 2005. "Historia cultural de las ciudades e historia de los imaginarios urbanos en Argentina y America Latina", *Mas allá del territorio*, Prohistoria, Rosario.
- ❖ Roldán, D.; Pascual, C. y S. Godoy, 2013. "Explorando ciudades latinoamericanas contemporáneas. Imaginarios, dispositivos y proyectos" (pp. 5-17), *Anuario N°25 Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- ❖ Romero, J. L., 2005. *Latinoamerica: las ciudades y las ideas*, SXXI, Buenos Aires.
- ❖ Rose, G., 1993. *Feminism and Geographie*, Polity Press, Cambridge.
- ❖ Roy, A., 2013. "Las metrópolis del siglo XXI" (pp. 149-182), *Andamios. Revista de Investigacion Social*, Vol. 10 N° 22, Universidad Autnoma de Mexico, Ciudad de Mexico.
- ❖ Roy, A., 2005. "Informalidad urbana. Hacia una epistemología de la planificación", *Journal of American Planning Association*, 71: 2. Traducción: María Laura Navarro.
- ❖ Said, E. E., 1990. *Orientalismo*, Random House, Barcelona.
- ❖ Sassen, S., 1999. *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*, Eudeba, Buenos Aires.
- ❖ Sennett, R., 1997. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid.
- ❖ Silva, A., 1992. *Imaginarios Urbanos. Bogotá y Sao Pablo, cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo editores, Bogotá.
- ❖ Smith, N., 1979. "Toward a Theory of Gentrification. A Back to the City Movement by Capital, not People" (pp. 538-548), *Journal of the American Planning Association*, Vol. 45, N° 4.
- ❖ Soja, E., 1989. *Posmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*, Verso, Londres.
- ❖ Soja, E., 2008. *Posmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Traficantes de Sueños, Madrid.

- ❖ Soja, E., 2010. *La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical*, Icaria, Barcelona.
- ❖ Sorkin, M. (coord.), 1992. *Variations on a Theme Park*, Hill and Wang, Nueva York.
- ❖ Spivak, G., 2013. *En otras palabras, en otros mundos. Ensayos sobre política cultural*, Paidós, Buenos Aires.
- ❖ Svampa, M., 2008. *Los que ganaron. La vida en los countries y los barrios privados*, Ed. Biblos Sociedad, Buenos Aires.
- ❖ Ullán de la Rosa, F. J., 2014. *Historia de la sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas postmodernas*, CIS Centro de Investigaciones sociológicas, Madrid.
- ❖ Vainer, C., 1999. "Patria empresa mercancía. Notas sobre la estrategia discursiva del planeamiento estratégico" (pp.75-104), Arantes, O., Vainer, C. y E. Maricato, *A cidade do pensamento único: desmarcando consensos*, Petrópolis, Vozes, Rio de Janeiro. Traducción Diego Roldán.
- ❖ Velásquez Ramírez, B. R. y L. López Levi, 2015. *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*, UNAM, México.
- ❖ Zukin, S., 1980. "A decade of the new urban sociology" (pp 575-601), *Theory and Society*, N° 9, Springer, California.

